

APENDICE LETRA F

Influencia del castellano sobre el náhuatl.

El náhuatl influyó en la lengua castellana en formas que llevo someramente señaladas; pero el náhuatl no se escapó, a su vez, de la compenetración del castellano, pues los nativos de estas tierras pronto enriquecieron su habla indígena con palabras nuevas, correspondientes a todo lo que veían llegar de Europa por vez primera: armas, trajes, frutas, animales, muebles, utensilios, etc. Algunas palabras aceptaron tales cuales eran en castellano, y otras con muy ligeras diferencias por la falta en su abecedario de las consonantes B, D, F, G, J, LL, N, R, S, y la V, que sólo las mujeres por amaneramiento pronunciaban. Así, por ejemplo, observa el sabio Dr. Alcocer, no siendo conocidas las bestias de carga ni nada de lo que se refiere al oficio de arriero, decíase en mejicano *Cahuallo* por caballo; *fleno* por freno; *sulalelo* por sudadero (*suadero*, dicen hoy los campesinos, por síncope); *xile* por silla de montar, etc.

Estos neologismos los sujetaban, desde luego, a las exigencias gramaticales de su idioma:

El plural de mula, lo hacían *mulatín*; el de *cahuallo*, *cahuayotín*; el de yegua, *chhuacahuallome*; el de angel, *angelome* o *angelotín*; el de santo, *santocme*, etc.

Por falta de consonantes, decían: *Palacisco* por Francisco; *Malía* por María; *Olenzo* por Lorenzo; *pale*, *male* por padre, madre; *hola* por hora; *vala* por vara de medir; *candlelo* por candelero; *vinale* por vinagre; *campanalio* por campanario; *letal* por dedal; *tisherás* por tijeras, etc.

Para algunas cosas de las que conocieron en esa época, inventaron nombres más o menos ingeniosos:

Al toro le pusieron *cuacuahue*, que quiere decir "el que posee cuernos, o el cornudo."

Al chivo le llamaron *tentzone*, "el que tiene barbas" o "el barbón."

A la oveja, *ichuall*, "algodón," por la semejanza de esta substancia con la lana que producen las ovejas.

A la gallina española, *cuanaca*, de *cuanácall*, cresta, es decir, "La creston." También la llamaron *castillan-totolin*, "gallina de Castilla;" porque la gallina mejicana era el guajolote, *totolin* o *huexólotl*, ave doméstica que a su vez los españoles desconocían y le llamaron por vez primera gallina de la tierra y gallo de la tierra.

Los indígenas no conocían la paloma europea y le dieron el nombre del ave más parecida a ella en América: *huilottl*.

A la hierba buena, *Castillan-epázotl*, o epazote de Castilla.

A las aceitunas, por similitud, les llamaron ahuacatitos, *ahuacatzintli*.

A la guitarra, *mecahuéhuell*, "tambor con mecates, o de cuerdas."

Cuando conocieron el gato doméstico traído de Europa, le llamaron

míxton o *míxto*, que significa "Leoncito," y los españoles sacaron a su vez de *míxton* o *míxto*, "micho" y "miche."

También, en ese tiempo, fue muy frecuente la formación de palabras híbridas de mexicano y español:

Tocinohuía, de tocino, untar, engrasar.

Tlapalería, de *tlapalli* y *ría*, tienda o expendio de colores.

Icpaxela, de *icpalli* y seda, hilo de seda.

Cahuallo-cactli, zapato de caballo, herradura.

Letrayo, letrero.

Santos-calli, oratorio.

Zapatos-chihualoyan o *Zapatos-chihucan*, Zapatería.

Tlacomesa, media mesa o mesa portátil.

Castillan-vóchill, rosa o flor de Castilla.

Cahuallo-calco, caballeriza.

Respuesta que al discurso anterior dió el Sr. D. Federico Gamboa, Director de la Academia.

Bienaventurado anduvo el señor don Victoriano Salado Álvarez con la herencia que le tocó en suerte de venir y ocupar en esta casa — que desde hace varios años era suya, — el sillón que con tanto lucimiento y honra tantísima, a su vez ocupara por sus propias y altas virtudes aquel varón egregio llamado en el mundo José M^o Roa Bárcena, espejo de caballeros y modelo de escritores, que, con idénticas excelencias acertó a ser durante su ejemplar y larga vida, caballero de su Dios, caballero de su rey, caballero de su dama y caballero de las Letras. Para ser recibido, según nos place recibirlo, el señor Salado no había menester, seguramente, de ampararse a una sombra tan respetable y respetada; los merecimientos suyos, alquitarados y sólidos, tienen que franquearle todos los umbrales y que ganarle todos los aplausos. Yo lo felicito, sin embargo, por el cálido elogio que de su predecesor acaba de hacer nos, porque si en todas las épocas conviene de cuando en cuando asomarse a las tumbas en que duermen y esperan los muertos ilustres, y resucitar el recuerdo de sus actos y palabras para que no se borre de la memoria quebradiza de los hombres y de la ingratitud orgánica de las sociedades, aquella conveniencia sube de punto en épocas como la nuestra, de honda inquietud y desorientación pavorosa, de negaciones e interrogaciones formidables, en que las disciplinas m^oranse relajadas, invertidos o dislocados los valores morales, profanados los altares, los hogares en ruina, la justicia a remate, vilipendiado el derecho, ignorado el deber, desnudas las vírgenes; prostituidas las juventudes, marchitas las infancias. ¡Es bueno, entonces, interrumpir el sueño eterno de los que se nos fueron, y repetir a los que asistimos anhelantes y pávidos a esta parodia sin grandeza de la orgía del Paganismo, cómo entendieron ellos la vida, cómo supieron vivirla noblemente, y embellecerla y purificarla, no obstante que es de suyo bajuna y deleznable. Evocar y elogiar